

SOBRE NUESTRA REALIDAD HISTÓRICA

Antonio ALATORRE

EN CIERTO SENTIDO, las fecundas indagaciones de Américo Castro sobre “la realidad histórica de España” se remontan a 1941, cuando publica en la *Revista de Filología Hispánica* de Buenos Aires el ensayo que luego se convertiría en *Aspectos del vivir hispánico* (Santiago de Chile, 1949). De ese mismo año, 1941, data su ensayo sobre otra “realidad histórica”, la de Iberoamérica —“otra”, sólo en un sentido externo: Américo Castro siente que los aspectos del vivir son en la América hispánica esencialmente los mismos que en España. Creo que no es tarde para que en *Historia Mexicana* se comente, aunque sea sumariamente, ese estudio sobre Iberoamérica, que ha llegado ya a su tercera edición.*

En efecto, México ocupa un lugar destacado en este libro, presentado en forma sumamente atractiva. Además de las páginas en que se estudian las características que tiene en común con el resto de la América española, hay varias secciones dedicadas a él exclusivamente: “Civilización maya” (pp. 34-37), “El Méjico precortesiano” (pp. 38-45), “Méjico y Hernán Cortés” (pp. 53-59), vida y cultura en la Nueva España (pp. 103-113) y el México independiente (pp. 178-192). En estas secciones se exponen en forma sucinta y sumamente clara —con la claridad a que sólo los sabios y los maestros pueden llegar: la claridad, por ejemplo, de un Alfonso Reyes en las *Letras de la Nueva España*— los hechos principales de nuestra historia.¹ Sin embargo, *Iberoamérica* no es precisamente un libro de historia. Los datos no cuentan tanto como su

* Américo CASTRO, *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. Third (revised) edition, with the editorial assistance of Raymond S. Willis. and printing. The Dryden Press, Nueva York, 1956; VIII + 322 pp., con gran número de ilustraciones.

interpretación. Los hechos valen, sí, pero valen por el sentido que los informa. Así, pues, no aparecen aquí todos los sucesos históricos, sino sólo aquellos que manifiestan mejor el sentido del vivir hispanoamericano. El libro de Castro se podría comparar con la *Historia de la cultura en la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña; pero se distingue de este otro magnífico libro en que concede más espacio a la "interpretación". En realidad, los dos se completan mutuamente, y a menudo, por distintos caminos, llegan a metas parecidas: la "explicación" del ser hispanoamericano y de su cultura frente al resto del mundo. (Recordemos los ensayos de Henríquez Ureña "en busca de nuestra expresión".)

El libro de Américo Castro está escrito para los estudiantes de español en los Estados Unidos. Por lo tanto, el autor ha tenido que vigilar constantemente su lenguaje con objeto de hacerse entender por quienes aún no dominan del todo el castellano. Y además, esos estudiantes, en la mayoría de los casos, no han leído nada acerca de nuestros países. La tarea del autor era, pues, difícil, pero la ha realizado en forma estupenda. ¡Felices esos estudiantes, que tienen como guía en sus primeros pasos de "hispanismo" a semejante maestro!

Es natural que Castro, casi constantemente, se refiera a los Estados Unidos como punto de comparación. Pero esto, lejos de hacer su libro menos interesante para los lectores hispanoamericanos, lo hace más valioso, pues la verdad es que nosotros necesitamos también, con urgencia, libros inteligentes de introducción a la "realidad histórica" y a los "aspectos del vivir" de los Estados Unidos. Además, el contraste con los ideales norteamericanos hace resaltar mucho mejor las características de la historia y de la actualidad iberoamericanas.

Así, por ejemplo, "si se enfoca la dominación española desde [el] punto de vista comercial e industrial, habría que decir que fue muy defectuosa" (p. 101). España, a diferencia de Inglaterra, fomentó la religión, el arte, la grandiosidad monumental, las ilusiones... y "el reverso de todo ello fue la picardía, la incompetencia y la ineficacia práctica... Es innegable que el resultado a veces fue muy malo", y quien no tiene esto en cuenta, no podrá explicarse la diferencia actual

entre los Estados Unidos y nuestros países. “Pero el éxito práctico —concluye Castro— no es siempre lo único que vale en la historia”. Las naciones hispanoamericanas, dice en otro lugar, “deben su prosperidad, cuando la tienen, a la yuxtaposición o amontonamiento de la riqueza de los particulares, y no a la colaboración de todos en empresas de tipo colectivo o nacional. . . La economía de Hispanoamérica ha sido pobre. Aunque algunos estados poseen inmensas riquezas naturales, éstas no han podido ser explotadas con capitales propios, y así ha surgido la influencia extranjera, con todo lo que ello significa” (pp. 128-129). Siempre el revelador contraste con lo que ocurre en la América anglosajona. Y siempre este afán por ir a la raíz de las diferencias, para que el norteamericano que se esfuerza en comprendernos no se fije en lo externo y accesorio, en lo reluciente y pintoresco, sino en lo radical y profundo, ahí donde duele. Lo mejor, en este sentido, es el estupendo análisis del *Ariel* de José Enrique Rodó (pp. 245-250), a la vez confirmación de las intuiciones del gran uruguayo en lo que tienen de verdadero, y enaltecimiento y replanteamiento de la polaridad por él señalada entre las dos Américas, entre “Ariel” y “Calibán”.

He señalado apenas algunas de las ideas de *Iberoamérica*. Creo que quienes no han leído este librito deben leerlo, y que todos deben discutirlo a fondo y sinceramente. Muchas de sus ideas son provocadoras y desafiantes, e invitan a la discusión. Esta discusión es urgente.

NOTA

¹ Algunos errores fáciles de corregir en una nueva edición: la serpiente con plumas no es “símbolo de la nación mejicana” (p. 42); Tláloc no está simbolizado por las “series de rayas paralelas” (p. 43), sino por la máscara con anteojeras; la Malinche no sirvió de intérprete azteca-español (p. 54), sino azteca-maya (Jerónimo de Aguilar fue el intérprete maya-español).